

odio con F porque es feísimo. Lo alimento con... con... con filetes y fruta... Se llama Fidel y vive en...

—Y vive en una fortaleza — terminó el rey ingenuamente, sin darse cuenta de que participaba en el juego, mientras Alicia seguía titubeando en busca de un pueblo que empezara por F—. El otro mensajero se llama Fausto... Yo necesito dos, ¿sabes?; para ir y venir. Uno va y otro viene.

—Pido tu perdón — rogóle Alicia.

—No es acción digna y respetable el pedir.

—No, quise decir — interrumpióle Alicia —, que no entiendo bien. ¿Por qué uno para ir y otro para venir?

—¿No te lo estoy diciendo? — insistió el rey un poco nervioso —. Debo tener dos; para llevar y para traer. Uno para ir a buscar, uno para ir a llevar.

En este momento llegó el mensajero. Estaba demasiado sofocado para poder articular una sola palabra; limitóse a mover las manos y a hacerle al pobre rey las más espantosas muecas.

—Esta señorita — dijo el rey presentándole a Alicia, con la esperanza de que el mensajero se serenase y se fijara en él — te ama con una F.

Pero todo fué inútil; el anglosajón exageraba aun más sus extravagantes gesticulaciones, y sus enormes ojos movíanse de un lado para otro.

—¡Me alarmas! — exclamó el rey —. ¡Ay, me siento desfallecer!... ¡Dame inmediatamente un emparedado de jamón!

Y el mensajero, con gran regocijo de Alicia, abrió un saco que llevaba colgado al hombro y le dió un emparedado al rey, quien lo devoró ávidamente.

—¡Otro!

—Ya no hay más. Sólo queda fruta — repuso el mensajero atisbando el fondo del saco.

—¡Bueno, dame fruta! — murmuró el rey con acento desfallecido.

Alicia se alegró al notar que el rey iba reanimándose.

—Cuando uno se siente débil, no hay nada como la fruta — dijo el rey a Alicia mientras engullía.

—Opino que rociarla con agua pura sería mejor... — sugirió Alicia —, o alguna sal aromática...

—Yo no dije que no hubiese nada mejor. Dije que no había nada como esto.

Alicia no se atrevió a ponerlo en duda.

—¿Y a quién viste por la carretera? — preguntó el rey alargando la mano en demanda de más fruta.

—A nadie — repuso el mensajero.

—Muy bien. Fué el mismo que vió esta señorita. Por lo visto Nadie camina mucho más despacio que tú.

—Yo hice lo que pude — contestóle el mensajero de mal humor —. Aseguraría, sin embargo, que Nadie camina más rápido que yo.

—¡No puede ser! — exclamó el rey con extrañeza —. De lo contrario Nadie hubiese llegado primero. Pero vamos a ver; ahora que estás tranquilo, o lo pareces al menos, dínos qué es lo que ocurre por el pueblo.

—Quisiera cuchicheárselo al oído, en secreto — repuso el mensajero poniendo las manos junto a su boca en forma de bocina, y de puntillas para llegar a su oído.

Alicia se sintió muy satisfecha ante la perspectiva de que ella también se enteraría de las novedades ocurridas seguramente, pues algo le transmitiría al rey.

No hubo necesidad de una retransmisión, pues el mensajero, en lugar de cuchichear al oído del rey, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ya están otra vez!

—¿Y a esto le llamas tú cuchichear? — preguntó el pobre rey dando un salto y sacudiendo la cabeza como